

UN HOMBRE SOLITARIO QUE FUMA EN UN SITIO CUALQUIERA DE LA CIUDAD

JUAN CRUZ RUIZ

RESUMEN:

El artículo revisa el texto mítico de Luis Harss, “Los nuestros”, que describía al escritor uruguayo junto a otros autores del “boom” narrativo hispanoamericano desde una perspectiva física y anímica de fino calado, matriz de posteriores auscultaciones y recreaciones de su figura. El análisis del texto de Harss sirve para plantear las líneas maestras de la etopeya del hombre Onetti y los puntos cardinales de su creación literaria.

PALABRAS CLAVE:

Boom, literatura, Harss, Onetti, soledad.

ABSTRACT:

This article goes through Luis Harss’ mythical text, “Los nuestros”, which described the Uruguayan writer together with other “boom” authors from a very sharp physical and psychological perspective, the basis of later auscultations and recreations of his figure. The analysis of Harss’ text reveals itself as a valid way to sketch the main lines of Onetti’s etopeia and the cardinal points of his literary creation.

KEY WORDS:

Boom, literature, Harss, Onetti, solitude

¿Y cómo era Onetti? Como tú le veías; por dentro y por fuera. Consiguió ser como su escritura. Si lo buscabas en el fondo de esa escritura era exacto, contundente, pero si lo mirabas de refilón, Onetti era elusivo, envuelto en nebulosas, él te envolvía en sus misteriosas incertidumbres. Debías mirarle bien para verlo del todo. En cierto modo, Juan Carlos Onetti fue siempre *su* escritura. Su mano grande y pálida era la prolongación de su cabeza caballuna y atenta aunque adormilada, sus ojos fuera de las órbitas eran como el grito pintado de un naufrago, y te miraba desde la cama, ligeramente incorporado; si no te quedabas es que no le aguantabas la mirada. Y así eran sus libros: les aguantabas la mirada o te ibas. Muchos que se fueron vuelven ahora, como si Onetti tuviera un inmenso imán de efecto muy retardado.

Ahora –cuando se celebra su centenario– hace 43 años ahora que le fue a ver a Montevideo el escritor argentino Luis Harss y tuvo esta visión de él:

“En la lenta llovizna, metido en un voluminoso abrigo, doblado bajo el peso de la ciudad, avanza, opaco, un sonámbulo en la noche insomne. Como la ciudad, lleva con fatiga la carga de los años. Es alto, enjuto, con mechones blancos en el pelo gris, ojos desvelados, labios torcidos en una

mueca dolorosa, alta frente profesoral, las huellas de la renuncia y del desgano en su andar de oficinista envejecido. Su abuelo fue corredor de bolsa, su padre funcionario de aduanas y él, protagonista de un libro inconcluso que ha venido escribiendo durante años y publicando por entregas con diversos títulos, es *un hombre solitario que fuma en un sitio cualquiera de la ciudad... que se vuelve por las noches hacia la sombra de la pared para pensar cosas disparatadas y fantásticas*".

Muchos años después de que Luis Harss le viera así en Montevideo, y casi tantos años después de que Harss hubiera publicado ese perfil en *Los nuestros*, su libro premonitorio, ese Onetti que queda ahí descrito, en parte con las propias palabras del autor de *Cuando ya no importe*, es el mismo Onetti que vimos el 6 de enero de 1993, en su casa de Madrid, ya en la recta final de su vida, y casi treinta años más tarde. Había tomado la decisión de acostarse para siempre, y eso le daba al escritor, definitivamente, el aire de un personaje, un protagonista que hubiera tachado el porvenir e incluso el pasado. Un hombre que sólo sería ya parte de la literatura, de *su* literatura.

En aquel momento en el que Harss lo vio Onetti se parecía a Montevideo, y en este momento en que le veíamos nosotros, Dulce Chacón y yo, el Día de Reyes de 1993, en el piso de la Avenida de América, 31, el ya viejo escritor se parecía a Montevideo y al personaje que describieron al unísono Harss y el propio Onetti, un hombre que no se miraba al espejo.

Primero, Montevideo.

Años después de la muerte de Juan Carlos Onetti, ocurrida en junio de 1994, estuve en Uruguay, en su capital, y quise entrar en un viejísimo café cuyo aire polvoriento no excluía a la gente; allí había, moviéndose como en cámara lenta, algunas personas cansadas que seguían acodadas en la barra como animados por una conversación silenciosa. En aquella atmósfera esperas cualquier cosa, incluso esperas alcohol o risas, pero allí había una celebración inversa, la consolidación de un hielo de polvo que llevaba cayendo desde hacía siglos en aquella choza urbana. Y cuando pregunté si podía pasar, uno de los hombres acodados en la barra me dijo:

—Esto está cerrado.

Pregunté desde cuándo, y otro de ellos sacó fuerzas de su desgana para gritar:

—¡Está cerrado desde toda la vida!

El lugar estaba habitado por la extraña melancolía que tienen las cosas que una vez sirvieron y que pertenecen, como rastros inútiles, al más polvoriento pasado; pero ahí había seres que se movían, es verdad que a cámara lenta, pero se movían, estaban allí, claramente, pero *ya* no estaban, se estaban diluyendo, se transfiguraban en pasado a medida que los atraías a la realidad para declarar, como yéndose:

—¡Está cerrado desde toda la vida!

Ese mismo día estuve en otros lugares de Montevideo; estuve buscando un lugar de café, y hallé el resto de algún sitio por el que entraba una rendija de sol que también era de aire, y en la puerta me había tropezado con una mujer a la que, en aquella mañana sin ruido, se le habían caído al tiempo el rimel y la alegría.

En esa excursión de un día vi a jóvenes numerosos, enamorados o cansados, echados sobre la hierba de La Rambla, mirando hacia el sol que se iba, melancólicos o soñolientos, y gente ya mayor *con mechones blancos en el pelo gris*, y tristes, muy tristes, cayendo sus miradas desde la poblada cabellera a las sombras cansinas de las calles.

Por la lenta tarde que me llevaba de una avenida a los adoquines del centro vi un remolino de personas que pasaban tapándose la boca con velocidad y asombro, porque un hombre se había tirado desde un balcón y yacía inerte, y muerto, en la acera del edificio, al lado de donde están las oficinas del diario *El Día*.

Y de todas esas visiones, en definitiva urbanas y dramáticas, quietas o volátiles, esa cansada estampa del bar que llevaba cerrado y polvoriento desde que se abrió en el siglo pasado o nunca fue la que me devolvió con más nitidez la otra imagen de Onetti, esa que se quedó para siempre en mi retina el Día de Reyes de 1993.

Entonces, aquel día, el libro de Harss era un recuerdo o nada, porque *Los nuestros*, ese libro, se publicó y desapareció de las estanterías, como una premonición que en seguida se tragó la realidad de la historia literaria; pero el libro volvió a mí, por la vía de los libros viejos, mucho después de que hubiera muerto Onetti; cuando abrí el libro, en un avión, regresó otra vez no sólo el recuerdo de lo que él se decía en *Los nuestros* sino mi propio recuerdo cuando le vi el Día de Reyes en la casa soledada del invierno de Madrid en la Avenida de América.

Para *Los nuestros*, que apareció primero en inglés, bajo el título de *On the mainstream*, Harss entrevistó a una serie de personajes –Julio Cortázar, Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez..., y Juan Carlos Onetti–. Sus conclusiones fueron premonitorias, porque en esa pléyade estuvo todo el que tenía que estar para explicar luego el fenómeno del *boom*, y el modo con que los abordó el escritor vestido entonces de gran periodista convirtió las conversaciones en estudios psicológicos como acaso nunca se ha podido hacer de nuevo.

Después al autor y al libro, pero no a sus personajes, se los llevó la corriente... Harss reapareció hace dos años, de la mano del escritor argentino Tomás Eloy Martínez, que lo entrevistó para *ADN*, la revista literaria de *La Nación* de Buenos Aires, desencantado de la vida literaria, de la academia y de su propia literatura... Él había *adivinado* el *boom* de la literatura latinoamericana, cuando aún no se llamaba *boom*, cuando algunos de sus protagonistas no tenían ni cuarenta años y cuando aún no se había publicado *ni Cien años de soledad*.

La puntería de Harss fue fantástica, y su certidumbre de que *también* tenía que estar ahí Onetti tiene ahora un valor simbólico, porque nadie ignora ya que este autor ahora centenario *adivinó* para su país y para su literatura, que es *también* un país, un sitio especial en la fundación de una nueva manera de escribir en su continente y en español. La suya fue la irrupción de la escritura moderna, urbana, en un universo en el que la melancolía formaba parte del misterio de las pesadillas.

Pero eso, esa escritura, esa veladura sucesiva que encarna la manera de escribir y de mirar y de ahondar y de velarse a sí mismo que tiene Onetti, sólo podía nacer en Montevideo, es decir, en un lugar inventado en el que los bares y la vida están ocultos por la misma neblina que en la literatura del autor de *Juntacáda-veres* cubre por completo las habitaciones, los parques, los hospitales y la nada que habitan en Santa María o Santamaría. Pero no era Montevideo la ciudad que escribía, era Onetti convertido en una ciudad que se parecía a Montevideo.

Onetti es Montevideo, y aquella descripción paralela que hace Harss le hace justicia a los dos, a la ciudad y al escrito. Pero le hacía justicia también cuando se le acababa el tiempo, Dolly Onetti (que ya en 1966 era *el perro de la desdicha*, como reza la extraña, sugerente, dedicatoria de Onetti) le abrió la ventana para que respirara el aire de Madrid, pero él se empeñó en seguir echado en la cama, diez años echado en la cama, acaso cumpliendo su propio dictado metafórico: “Un hombre solitario que fuma en un sitio cualquiera de la ciudad..., que se vuelve por las noches hacia la sombra de la pared para pensar cosas disparatadas y fantásticas”. La pared estaba allí, ante ella soñaba “cosas disparatadas y fantásticas”; no escribía hacia el otro lado, su lugar no eran ni la luz ni la ventana sino aquella pared ante la cual soñaba.

¿Las soñaba, soñaba esas cosas disparatadas y fantásticas? Hasta el final. Animado por una extraordinaria fertilidad que animaban el alcohol, la soledad y otros libros, escribía sobre agendas viejas, con una letra picuda y nerviosa, despiadada, con la que dibujaba también el rostro de su infinita impaciencia perturbada. ¿Y sólo soñaba? Onetti decidió echarse, decía, “porque la Biche [su perra] me muerde las canillas si me levanto”, y también decidió echarse porque le dio la gana. ¿Fue determinante en su escritura esa decisión de desaparecer, de echarse en la cama, de abandonar el mundo, de exiliarse en la nada de los sueños? Para nada. ¿Eso le hizo más solitario? Tampoco, ya lo era. Siguió pendiente, de los diarios y de las librerías, siguió haciendo recortes y conservándolos, siguió llamando por teléfono a horas intempestivas, y siguió gastando bromas a sus amigos y a sus visitantes. Y siguió guardando fotos, algunas de las claves clavaba ante sí, en esa pared, como su único paisaje. Eran los rostros de la memoria, y le servían de descanso, quizá, la posibilidad de ver a otro en lugar de verse a sí mismo.

Onetti era un solitario que tenía miedo: de la calle, de la vida, del ruido, de la sociedad, del rumor, por eso se hundió en su cuarto; ese miedo le venía de lejos, de su infancia, de las sombras que le fueron hostiles, y regresaron a medida que se le hizo más perverso el tiempo, y más necesitó de recluirse en la niñez de sus sentimientos. Dolly le fabricó un jardín delante de su cama, pero no lo miró, o dijo que no lo miraría jamás, él estaba feliz ante la pared que vislumbró de joven, y esa pared fue su único escritorio. Pero Onetti no estaba aislado; en el reciente libro de Mario Vargas Llosa, *El viaje a la ficción*, en el que el escritor peruano *visita* con pasión a uno de sus más apasionados congéneres literarios, se hace recuento de todo lo que hizo Onetti, como periodista, como ciudadano, incluso como funcionario, y en ningún momento se puede colegir que esa melancolía final (y *siempre* fue una melancolía final) le llevara a incumplir sus obligaciones profesionales o literarias; hacía como para deshacer, eso hacía; cuando le bullía una idea en la cabeza, se encerraba a escribir, y lo hacía, como los escritores acorralados por la burocracia de vivir, los fines de semana; cumplió civilmente con el compromiso político con su país y con sus conciudadanos, y arrojó persecución por parte del poder; firmó manifiestos, y estuvo atento, también en España, a todo lo que decía la prensa de todas las cosas...

Un conjunto de sus escritos periodísticos que publicamos en Alfaguara refleja no sólo su atención diversificada, e independiente, a lo que sucedía en el mundo, sino su espléndido humor. No fue un humorista, cómo iba a serlo, pero desde aquella cama que fatigó hasta el exceso, y en la que viviría los prolegómenos dolorosos de la muerte, contempló con ironía implacable lo que le pasaba a la vida, desde la política a la literatura y el periodismo, y no dejó nunca títere con cabeza. Independiente hasta el fin también de lo que hay que hacer para ganarse la vida, pero no estuvo en el aire, jamás estuvo en el aire; no pisaba el suelo por temor a que la perra lo mordiera, pero siempre estuvo con los pies en el suelo.

Así que aquel melancólico que deambulaba por Montevideo como si habitara, él también, en Santamaría, o Santa María, no se reclusó ahí porque quisiera olvidarse del mundo, y no se olvidó. A lo mejor lo hizo (y cuando se evoca esa posibilidad, Dolly se ríe, como si ella también creyera que eso fue así de cierto) porque, en efecto, la Biche le mordía las canillas... Porque desde ese *retiro* peculiar escribió más libros (ahí concluyó *Cuando ya no importe*, su última novela, por cuyo trabajo le fui a ver aquel 6 de enero de 1993), y desde ahí fustigó a cualquier solemne que importunara el sentido común; al menos dos cartas escribió de su puño y letra, en los alelucos de esa fecha, deplorando la ofuscación que entonces manifestó Camilo José Cela contra dos jóvenes escritores de la época (y de después), Antonio Muñoz Molina y Julio Llamazares, a los que el ya Nobel no pudo perdonarles que les salieran respondones...